

CAPÍTULO XVI

Serían próximamente las ocho de la mañana, cuando Lerebourg, después de haber presenciado cómo quitaban los tableros que resguardaban los escaparates de la tienda, tomaba el aire matinal á la puerta del establecimiento. Á esa hora comenzaba á notarse ya la circulación en la calle de San Honorato, y entre los obreros y oficinistas, gentes de negocios y costureras, un vendedor de periódicos cruzaba raudo, gritando con voz enronquecida :

— ¡ *El Publicador!* ¡ Con los detalles de la ejecución del monstruo Saint-Regeant !

El comerciante palideció de súbito. Más bien por señas que con la palabra llamó al pilluelo y compró un número del diario. En la primera página, impreso en gruesos caracteres, se leía: « Á las cinco de la madrugada de hoy ha tenido lugar la ejecución de Saint-Regeant y Carbón. Los dos criminales han muerto cínicamente, sin una palabra de lástima para las inocentes víctimas del atentado. Sin embargo, Carbón tuvo un momento de debilidad, y fué necesario ayudarle á subir al cadalso. En cuanto á Saint-Regeant, afrontó la muerte con una sangre fría extraordinaria. »

Un poco más abajo, se leía el siguiente entrefilete : « Ayer salió para la Guayana la partida de ciento sesenta terroristas, convictos de haber conspirado contra la seguridad del Estado. Al mismo tiempo que los escelerados Saint-Regeant, Carbón, y sus cómplices, intentaban asesinar al Primer Cónsul, los antiguos terroristas soñaban con restablecer el régimen de fango y de sangre en medio del cual agonizaba Francia antes del 18 Brumario. Desembarazado de esos bandidos, el gobierno consular podrá terminar el restablecimiento del orden y de la paz en el país. »

Al acabar de leer, Lerebourg pensó : Bonaparte ha matado dos pájaros de un tiro. Al mismo tiempo que sienta la mano á los realistas se desembaraza de los jacobinos. Sin embargo, no debían estar de acuerdo los dos partidos porque se odian y basta que sean Saint-Regeant y sus afines quienes han cometido el crimen para deducir juiciosamente que no han tenido arte ni parte en él los babouvistas. En fin, como dice el periódico, de este golpe queda la tranquilidad restablecida por algún tiempo.

El soliloquio del excelente tendero fué interrumpido por la llegada de la señorita Hermancia que, toda agitada, exclamó :

— ¡ Ah, ciudadano Lerebourg ! ¡ Qué fin más espantoso el de ese pobre Víctor Leclerc, tan guapo, tan bien educado, tan cortés !...

— Bueno, bueno — respondió el amo de *El gorro azul* mirando de soslayo á la dependiente. No os detengáis, señorita... Vuestras compañeras han llegado ya, y vos debíais estar hace tiempo en vuestro sitio...

— Es que he estado á ver la ejecución. La ciudadana Regnault me había vuelto la cabeza tarumba con sus historias... Allí estaba ella también con sus amigas la ciudadana Hamelin, la ciudadana...

— ¡Cómo! ¿Habéis tenido la espantosa curiosidad de asistir? — interrumpió Lerebourg.

— No había un alfiler en la plaza, de gente que había... Podéis creer que no estaba yo sola...

— Bien, hija mía, tened la bondad de no hablar aquí de semejante cosa, y mucho menos delante de mi mujer...

Hermancia tuvo una mirada de irónica compasión:

— Estad tranquilo, ¡ya sabe una á quien se dirige!...

Y entrando en la tienda, se despojó del chal y del sombrero y puso manos á la obligación.

Á eso de las diez, como Lerebourg viera que aún no había bajado su esposa, se le ocurrió subir á la habitación para ver si acaso estaba enferma. Un poco inquieto, escuchó á la puerta de la alcoba antes de llamar, y como no oyó ningún ruido pensó que se había vuelto á dormir y se fué á su despacho á poner en orden algunas facturas. Pero pasó una hora, la de comer se aproximaba, y viendo Lerebourg que aún no se había levantado Emilia, se decidió á entrar. Cerradas las persianas, las cortinas corridas, la habitación estaba en completa obscuridad.

Lerebourg se aproximó al lecho, y llamó á su mujer sin obtener respuesta. Entonces, presa de una súbita angustia, saltó á los cordones de las cortinas, abrió la ventana, dió un violento empujón á las persianas y se volvió. Un grito terrible salió de sus labios: lívida, los ojos inmóviles, grave la contracción de la boca, Emilia estaba tendida en el lecho. De un salto de fiera se aproximó á ella, le tomó una mano que encontró glacial, é intentó levantarla, hacerla entrar en calor, reanimarla... Todo en vano: dejó caer la cabeza inerte sobre la almohada, y arrodillándose junto al lecho, el dueño de *El gorro azul* comenzó á gemir con violentos sollozos.

De repente, sus ojos se posaron en un frasquito abierto, cuyo contenido parecía haber sido tomado por la joven

durante la noche, y cogiéndole nerviosamente, le examinó y leyó sobre el marbete esta indicación: « Digital ». Á esta palabra, tan violento temblor se apoderó de todo su cuerpo, que dejó caer el pomo á sus pies: ¡Veneno! ¡Emilia se había matado voluntariamente! ¡Emilia se había envenenado! Las lágrimas cesaron de correr por las mejillas del infortunado, que aprisionó la cabeza entre las manos y quiso reflexionar. Desde luego, una coincidencia le llamó la atención: la muerte simultánea de Saint-Regeant y de Emilia. Sordamente, como el eco de una lejana, lejanísima tempestad, comenzó á manifestarse en su corazón una sospecha. La sospecha creció, se extendió, llegó á ser dominadora de su voluntad, y una imperiosa fuerza interna que no hubiera podido resistir, le impulsó á levantarse y aproximarse nuevamente á la muerta, sobre cuyos ojos vidriados se inclinó demandando el secreto que á la frialdad del mármol le condujo. Pero los ojos estaban apagados, los labios sin murmurio, el rostro sin color: silencio y tinieblas. De súbito, Lerebourg hizo un brusco ademán: entre las manos de la muerta, cruzadas sobre el pecho como en una suprema plegaria, le pareció distinguir un papelito: era la carta en la cual Saint-Regeant había dado á su amada la cita suprema. Con la frente inclinada, el marido leyó las palabras del amante: una oleada de sangre le invadió el rostro, dió un grito sordo, y con desesperado gesto de maldición rodó desvanecido por el suelo.

CHARTRES. — IMPRENTA ED. GARNIER, 146.1.1914.

CELLA ALFONGINA

**BIBLIOTECA DE
AUTORES MODERNOS
Y CONTEMPORÁNEOS**

RENÉ BAZIN
de la Academia Francesa

La tierra que muere.
Los Noellet.
La barrera.
Con toda el alma.

JEAN BERTHEROY.

El coloso de Rodas.

JULES CASE

La hija del cortijero.

JEAN CAROL

Sor Juana.

NONCE CASANOVA

Mesalina.

LÉO CLARETIE

El Segundón.

PIERRE DE COULEVAIN

Nobleza americana.
La Isla desconocida.

GEORGES D'ESPARBÈS

El tumulto.

CLAUDE FARRÈRE

Los civilizados.
El hombre que asesinó.
La señorita Dax.
Las temporeras.
Humo de opio.

PAUL GAULOT

Las camisas rojas.

JUDITH GAUTIER

Princesas de amor.

CHARLES LAURENT

Su Hijo.
El último Condé.
Ocios de emperador.
El espía del emperador.

JEAN LORRAIN

El señor de Phocas.

Tríptico.

(El señor de Bougrelón; La dama turca; Sonyeuse.)

El vicio errante.

PIERRE LOTI
de la Academia Francesa

La muerte de Philæ.

PIERRE MAEL

El Vengador.

TANCREDE MARTEL

Días de gloria.

Blancaflour.

D. MELEGARI

En la calle vieja.

MAURICE MONTÉGUT

Las tentaciones de Próspero.

Los archivos de Guibray.

ÉMILE MOSELLY

Joselón.

GEORGES OHNET

La Décima Musa.

La senda roja.

Raimundo Dhautel.

Contra Bonaparte.

Matrimonio americano.

La garra del Aguila.

JEAN RAMEAU

La Rosa de Granada.

ROMAIN ROLLAND

Juan Cristóbal.

El Alba; La Mañana

La Adolescencia; La Rebelión

Juan Cristóbal en París.

La Feria en la Plaza

Antonieta; Los Vecinos.

ANDRE THEURIET

de la Academia Francesa

Montaraz.

La casa de los dos Barbos.

GUSTAVE TOUDOUZE

La señora de Lambelle.

MARIO UCHARD

La bebedora de perlas.

MELCHIOR DE VOGUÉ

de la Academia Francesa

Juan de Agrève.

ANTONIN LAVERGNE

Juan Coste

ó El maestro de aldea.

LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF, 50, Chaussée d'Antin, PARÍS

